

Pedagogía de las vocaciones

Amedeo Cencini*

Sumario

Esta es la segunda reflexión del ponente del II Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones, y con ella concluye el tríptico propuesto para presentar el tema de la cultura vocacional: mentalidad, sensibilidad y praxis.

Desarrolla aquí el tema de la praxis, que él llama, pedagogía de las vocaciones. Hace primero un análisis de la situación actual de la pastoral vocacional, con unos indicadores que él llama: emergencia vocacional, fuga vocacional, urgencia vocacional, desafío vocacional, riesgo vocacional, crisis vocacional, para concluir en la llamada alianza pedagógica vocacional educativa propiamente dicha que consiste en sembrar, acompañar, educar, formar y discernir.

* Sacerdote canosiano, licenciado en Ciencias de la Educación por la Universidad Salesiana y doctor en Psicología de la Universidad Gregoriana. Docente de pastoral vocacional en la Universidad Salesiana. Consultor de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica. El presente artículo corresponde a la segunda conferencia que el autor presentó en el II Congreso Continental Latinoamericano realizado en Costa Rica, el 30 de enero al 5 de febrero de 2011. cencini@canossiani.it.



Finaliza con lo que sería una auténtica pastoral vocacional que es capaz de crear la cultura vocacional.

Palabras clave: Pedagogía, pedagogía vocacional, cultura vocacional, emergencia, fuga, urgencia, desafío, crisis, riesgo, etc.

Pedagogy of vocations

Abstract

This is the second reflection of the lecturer in the II Latin American Continental Congress On Vocations, in which is concluded the purpose of the triptych to present the matter of vocational culture: mindset, sensibility and praxis.

He develops the issue of praxis that he calls pedagogy of vocations. He analyzes first the current situation of pastoral ministry with some indicators called: vocational emergency, vocational flight, vocational challenge, vocational risk, and vocational crisis to conclude in the pedagogical vocational and educational covenant which involves sowing, to accompany, to educate and discern.

He ends with an aspect that would be an authentic pastoral ministry that is able to create a vocational culture.

Key words: pedagogy, vocational pedagogy, vocational culture, emergency, flight, challenge, crisis, risk.



Esta reflexión es la continuación lógica de la reflexión sobre la teología de las vocaciones. Como ustedes recordarán, partiendo de la idea de la teología vocacional, ampliamos las consideraciones porque parece que el verdadero problema vocacional hoy día es, ante todo, si hay una verdadera y precisa cultura vocacional en la Iglesia. La teología es un componente fundamental y determinante de tal cultura. Es por esto que hemos ubicado el análisis sobre la teología vocacional dentro de una visión más amplia, precisamente la de la *cultura*. En este punto, hemos pasado del concepto a los elementos constitutivos, que son tres: la mentalidad, (que corresponde a la teología vocacional), la sensibilidad (que corresponde a la espiritualidad) y la práctica.

Es necesario examinar el tercer componente, la práctica, que corresponde a la pedagogía vocacional. Me parece que es ya muy significativo y útil haber conceptualizado este entramado teórico y haber precisado sus componentes. Creo que debemos reflexionar seriamente sobre la realidad de esta cultura y sobre su presencia en la Iglesia, para luego ver cómo promoverla, cómo hacerla cada vez más fuerte e incisiva, más universal y compartida. Una cosa es clara: mientras que en la Iglesia no se dé esta cultura vocacional, la problemática vocacional será enfrentada de modo unilateral y parcial, ineficaz y contradictoriamente, solamente para algunos y no para todos.

Aún más, la promoción de una auténtica cultura vocacional es no sólo importante para fines vocacionales (particularmente si se comprenden de manera unilateral, como si hubiera sólo algunas vocaciones), sino para los efectos de la Nueva Evangelización que la Iglesia asume hoy como su nueva tarea, o para su nueva forma de ubicarse, siempre de parte de los creyentes y de la Iglesia, frente a aquellos que no creen, en aquel “corredor de los gentiles” repetidamente invocado por Benedicto XVI, como símbolo de una nueva forma



de relacionar al creyente con el mundo. ¿No es una buena noticia, incluso para aquellos que no creen, oír decir de modo inteligente y eficaz, comprensible y atrayente, que también ellos son llamados? ¡Qué hay alguien que los llama, desde siempre! ¡Qué incluso ellos son responsables de la salvación, no sólo de la propia sino también de la de los demás! En otras palabras: la animación vocacional (y la propuesta de una opción vocacional) podría ser no solamente el punto final de un itinerario de fe, sino el punto de partida, lo que da impulso y motivación para enfrentar un camino creciente, para ver y percibir el sentido de la fe.

Como se puede ver, esta manera de plantear el problema nos hace respirar un aire diverso, mucho más puro, de una altura inimaginable, y da al problema de las vocaciones un trasfondo mucho más amplio y convincente, más eclesial y humano. Sería muy interesante y precioso, me parece, que en este Congreso surgieran indicaciones precisas respecto a crear una auténtica cultura vocacional (y no limitarse a hablar de ella) en términos latinoamericanos, éste sería un importante aporte para la pastoral vocacional de toda la Iglesia. Mientras tanto, en esta segunda charla completamos el análisis de la cultura vocacional con las consideraciones sobre el tercer elemento, la práctica, a la que corresponde la pedagogía o pastoral vocacional.

Una cultura no es tal, en relación con cualquier valor, si no se identifica un método o un camino que permita a los contenidos de esta cultura entrecruzar la vida cotidiana y convertirse en vida en cualquier circunstancia existencial, si es preciso hasta la muerte, impidiendo, así ir a la deriva “experiencial”, inestable, superficial, incierta y eventual.

Por otra, parte una teología debería poder convertirse en espiritualidad; si no puede ser traducida en caminos espirituales que todos puedan recorrer, no merece el nombre de teología cristiana; al mismo tiempo, una espiritualidad que no pueda ser interpretada en términos simples y fáciles, que todo el mundo pueda entender o que no se pueda convertir en pedagogía, en itinerarios de vida para todos, no es espiritualidad cristiana. La pedagogía no es algo secundario en la perspectiva cristiana.



Muchas veces éste puede ser el límite de cierta cultura vocacional: clara en los contenidos y tal vez en la mentalidad general con que es interpretada, capaz incluso de proponer cierta espiritualidad vocacional, pero a la larga fatalmente débil e imprecisa en la identificación de caminos concretos, de métodos prácticos, de una pedagogía pastoral. Quiero decir que no contamos todavía con una genuina cultura vocacional, le falta un elemento fundamental.

Utilizaré este método para el tratamiento de este tercer punto de nuestro análisis. Voy a partir de algunos términos que han llegado a ser un tanto estratégicos para delinear la situación que estamos viviendo con respecto a la pastoral vocacional, para percibir con ellos el sentido de una cierta crisis y del malestar que casi todos vemos en la Iglesia, aunque de modos diversos, y para indicar juntos contenidos para la construcción de una auténtica pastoral vocacional.

1. Emergencia vocacional

No en todas partes es así, pero en diferentes regiones eclesiales hay una verdadera emergencia vocacional. “Emergencia” significa algo nuevo y preocupante, tanto que requiere la activación de estrategias inmediata de acción, quizás no siempre bien pensadas. Por ejemplo, en Italia algunas diócesis particularmente pobres de vocaciones presbiterales han recurrido a la “importación” de sacerdotes del extranjero, incluso de otros continentes, de otras culturas eclesiales y de otras experiencias de vida, a veces hasta sin un discernimiento cuidadoso, que literalmente llenan huecos y sobre todo sin interrogarse sobre el sentido y la novedad pastoral a que puede llevar la crisis vocacional. No es que el hecho en sí sea necesariamente negativo, pero no puede convertirse en un sistema habitual, en una modalidad normal, con la que se pretende resolver el problema de las vocaciones al presbiterado. He aquí la utilidad de este término: “emergencia” significa algo que surge, que se hace visible, como un “iceberg”, pero que es determinado y causado por otra cosa, de una profunda raíz. Evidentemente es sobre esta raíz sobre la que se debe actuar, y no simplemente taponar desde fuera la situación. La raíz siempre es más compleja que el fenómeno externo.



Puede darse, permaneciendo dentro de nuestro análisis, la falta de una auténtica teología vocacional o, más aún, de una sensibilidad vocacional general que nosotros en la Iglesia, nosotros los creyentes, y quizás en particular nosotros los presbíteros y las personas consagradas, hemos dejado de generar y desarrollar. Pero, por favor, no vayamos a buscar causas externas, con la queja habitual de un mundo secularizado, post-moderno, o post-industrializado, o post-marxista, o post-cristiano. Muchas pueden ser las razones, ya sea porque buscar causas externas a nosotros mismos es un inútil mecanismo de defensa con el que nos liberamos de nuestras responsabilidades, ya sea porque esto no es cierto, no es cierto que el mundo de hoy sea post-cristiano, hasta el punto de que el cristianismo nada tenga que decir, como si fuéramos los últimos representantes de una especie en extinción. No, sucede lo contrario: el *mundo hoy día es pre-cristiano*, espera la venida de Cristo, necesita de Dios, busca la buena noticia, anhela escuchar que la muerte fue vencida. Cada época histórica está a la espera de Aquel que vino, que viene y que vendrá, pero, si hoy esta sociedad está como dominada obsesivamente por la idea de la muerte, sin sentido, en una cultura materialista como la cultura hodierna, nunca como hoy el hombre necesitó de la buena noticia, de la pascua de Jesús, del anuncio que la muerte ha sido vencida una vez por todas. En tal sentido, podemos y debemos creer y decir que el mundo de hoy es pre-cristiano. En un mundo post-cristiano no tendría sentido alguno hacer animación vocacional; en un mundo pre-cristiano sí¹. Por tanto un animador vocacional que se siente expresión de una cultura post-cristiana y cree que así están las cosas, por favor, que lo deje todo y que tome otro oficio, porque sin duda no podrá jamás anunciar la belleza de una vida totalmente dedicada al anuncio de Aquel que ha vencido a la muerte. Hacer animación vocacional quiere decir también descubrir en el corazón de cada hombre y cada mujer esta espera de Dios, también en aquellos que la ignoran y parecen desinteresados o niegan a Dios.

Otra disculpa o mecanismo de defensa típicamente “clerical”: la tendencia a acusar a los jóvenes como los únicos responsables de la crisis vocacional, decir que esta generación está perdida y me-

¹ Cfr. sobre este tema del paso de lo post-cristiano a lo pre-cristiano a Cencini, Sacerdote y mundo de hoy. De lo post-cristiano a lo pre-cristiano, Cinisello B. 2010.



lancólica, es incapaz de opciones grandes y valientes, mientras que por supuesto nosotros, los adultos, a su edad éramos lo contrario. Todos conocemos a la perfección los “clichés” que atribuyen a la condición juvenil los rasgos también intensos del desaliento, hasta el “nihilismo” extremo² (el “invitado inquietante”, según la expresión de Nietzsche)³. Es claro que algunos jóvenes son, por ejemplo, incapaces de elegir, especialmente para siempre. Bueno, pero si son así, éste es un motivo más para que nosotros seamos formados específicamente en ayudarlos-provocarlos a tomar decisiones. Ésta es nuestra responsabilidad. La verdad es que sabemos y teorizamos menos, mucho menos, sobre nuestras responsabilidades como adultos, comenzando y permaneciendo en el tema, por el fenómeno de la fuga vocacional.

2. Fuga vocacional

La fuga vocacional, o sea la fuga de tantas agencias educativas y de tantos organismos pedagógicos de la tarea de la educación juvenil, desde el Estado hasta a la escuela. No falta quien diga que la Iglesia también está abandonando este ministerio, con el agravante de que, lo reconocemos nosotros ahora, si hay fuga educativa hay también fuga vocacional, porque la vocación es parte de un camino educativo. Hasta el punto, me parece, que se puede decir que hoy en día la verdadera crisis vocacional no es de los llamados sino de los que llaman, de aquellos que se deberían entregar al ministerio de la llamada, como mediadores de la llamada única de Aquel que es el que eternamente llama. ¿Pero cuánto estamos dispuestos hoy a “invertir” en este ministerio? ¿Cuántos educadores, desde padres de familia hasta sacerdotes, desde personas consagradas hasta laicos comprometidos, o cualquier tipo de creyentes, han entendido que es imposible vivir bien su propia vocación si no se asume también la de los otros, que es un remedo de llamado aquel que no se siente responsable de la llamada de los otros y no hace todo lo posible por ponerse al lado del hermano menor para ayudarlo a reconocer la voz del que llama y a decidirse a responderle? Diría, parafraseando el evangelio, que muchos son los llamados pero *pocos los que llaman*, y si son pocos los que llaman serán *poquísimos los que puedan darse*

² “Están enfermos de nada”, me dijo un día un adolescente.

³ Cf Galimberti, El huésped inquietante. El nihilismo y los jóvenes, Milán 2007.



cuenta de la llamada y menos aún los que podrán responder y sabrán asumirla. En la Iglesia debe crecer cada vez más la conciencia de la cultura vocacional universal, es decir que cada uno es responsable de la vocación de los demás. En esto consiste la verdadera cultura vocacional.

Se halla, por tanto, la fuga del que huye (o está ausente) pero también la de quien no tiene el coraje de hacer la propuesta, aunque sea él mismo bueno, como tanta gente hoy que es buena, gracias a Dios, pero para ella sola, gente buena pero silenciosa, demasiado silenciosa, o tal vez poco convencida de la belleza de su propia vocación. Algunos sostienen que la mayoría de los presbíteros y de las personas consagradas jamás han hecho verdadera promoción vocacional.

Hay también otro tipo de fuga vocacional, menos visible teóricamente, aquella del que está presente en la pastoral vocacional, que incluso hace propuestas, pero ante la primera negativa del joven se retira de buena manera, con mucha formalidad y cortesía, cerrando así su planteamiento y toda posibilidad educativa-vocacional, y demostrando al joven un interés equívoco. Un educador-acompañante inteligente no obra así; no sólo hace propuestas sino que ayuda al joven a “ser veraz” consigo mismo, a entender sus propias resistencias y rigideces, sus miedos y debilidades, en resumen, todo lo que frena las propuestas exigentes, como es por naturaleza todo lo que tiene que ver con un llamado vocacional. Este animador antes educa (o saca fuera la verdad), después forma (o propone una forma de vivir). Este educador también sigue el joven aún cuando parece manifestar una orientación distinta de aquella que él le ha propuesto. No se sabe cuántos jóvenes hemos perdido a causa de esta fuga de hecho; el documento del congreso vocacional europeo llama “abortos vocacionales” a estos resultados de una lamentable actitud anti-educativa y anti-vocacional⁴.

⁴ OBRA PONTIFICIA PARA LAS VOCACIONES ECLESIASTICAS. Nuevas vocaciones para una nueva Europa. Documento final del congreso europeo sobre las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada en Europa (mayo 5-10 : 1997). Ciudad del Vaticano: Editorial Vaticana, 1997, no.35a donde se habla de “hueco educativo”. En adelante el documento se citará NVNE y el número correspondiente.

3. Urgencia vocacional

La urgencia es hija de la emergencia, típica de momentos en los que se tiene la sensación de que no hay tiempo que perder en las discusiones y los análisis, y de que se tiene que actuar y basta. Cuidado: “no siempre la urgencia lleva a resultados adecuados, sobre todo convenientes. La urgencia, en la mayoría de los casos, no es amiga de la reflexión y de la ponderación; orienta sobre todo al hacer, a buscar soluciones provisorias, en lugar de abrir caminos que se proyecten al futuro, y a veces favorece la rehabilitación de modelos educativos – incluso cuestionados- del pasado”⁵. En nuestro caso la emergencia no permite crear cultura pacientemente ni empezar por las raíces de la crisis, donde está el problema.

Un ejemplo podría ser cierta manera mercantil de entender la animación vocacional, o de programar las llamadas fundaciones vocacionales, de fundar nuevas comunidades en lugares donde parece darse todavía algún florecimiento o “mercado vocacional” (¡terrible expresión!), es decir, para la supervivencia de nosotros y de nuestras instituciones y no fundamentalmente para el anuncio del evangelio⁶.

La supervivencia de nosotros y de nuestras instituciones no debe ser más importante que le anuncio del evangelio. No se puede

⁵ U. Sartorio, Cuestión educativa. Riesgos y urgencias. En: “Consagración y servicio”, 12 (2010), p. 33.

⁶ La expresión “fundación vocacional” la encontré escrita en una carta circular de una Superiora General, que anunciaba ingenuamente a su instituto el proyecto de abrir una comunidad fuera de Italia, en una nación donde había cierta disponibilidad vocacional por parte de los jóvenes, con la expresa intención de “encontrar vocaciones para sostener nuestras obras en Italia”. Probablemente esa Madre General no fue ni es la única en plantear esta lógica. La lógica normal, evangélica, sería que las vocaciones estuvieran al servicio del Reino y no al contrario. Vocaciones, por eso, que en muchos de estos casos, además son desarraigadas de modo radical de sus lugares de origen para llenar los vacíos de fuera y permitir a un instituto conservar abiertas determinadas comunidades y actividades. Aparte del riesgo (y del fracaso sustancial) de estos proceder (como la historia de estos últimos años nos lo documenta de manera abundante), lo que sorprende es la ausencia de cualquier pudor para plantear el proyecto en términos tan explícitos y con una motivación tan abiertamente contraria al ideal de la vida consagrada, que es sólo aquel de ir por el mundo a proclamar el evangelio, sin demasiada preocupación por ella misma y por su supervivencia. Las vocaciones auténticas, para otra parte, son aquellas que surgen del testimonio convincente de quien vive su propia vocación, no de la angustia de quien teme su extinción y no teme, desafortunadamente, desilusionar y seducir (Cfr. A. Cencini, “Mirar hacia el futuro...” ¿Por qué todavía tiene sentido consagrarse a Dios?, Milán, 2010, p. 37).



entender la animación vocacional, ni la fundación de nuevas comunidades, de forma mercantil.

La urgencia simplifica y banaliza, pretende resultados inmediatos y corre el riesgo de perder de vista lo esencial, produce en realidad un aumento y la acumulación de preocupaciones, no siempre se transforma en ocupación inteligente. A la larga, produce dentro de nosotros una angustia vocacional. Pero la angustia vocacional sólo produce angustia, no vocaciones.

4. Desafío vocacional

Estamos ante un punto verdaderamente neurálgico. Dejemos de una vez por todas el juego del pretexto de las responsabilidades (la culpa es del mundo post-moderno, de sus falsos modelos, o de la desmotivación de los educadores y de la superficialidad de los alumnos, o de la fragilidad de los jóvenes y de la inmadurez de los adultos, o de la incertidumbre de los superiores o de la incoherencia de tantos, demasiados, curas...), todo el mundo debe aceptar el desafío decisivo, aquel que lo remite a su propia responsabilidad, es decir, a su vocación y al modo de vivirla, al presente, como un creyente que cada día se descubre llamado, a una llamada siempre nueva, y por lo tanto también a una respuesta que sólo puede ser así mismo nueva, siempre más radical y generosa. En conclusión, el verdadero desafío del animador vocacional es su formación permanente. Sólo el que toma en serio su formación continua puede llegar a ser animador vocacional, porque sólo quien responde cada día a su llamada y la vive puede proponerla como algo vivo, fresco, nuevo, juvenil. También es cierto lo contrario: hacer animación vocacional es encontrar en el ministerio, en este ministerio, una permanente ocasión para la formación personal.

Este punto es importante, porque una cosa es hacer animación vocacional (hablo principalmente, pero no exclusivamente, de presbíteros y de personas consagradas) porque la institución lo necesita; porque se me ha dado esta función; por motivos que siguen siendo extrínsecos a mi propia persona, y otra es hacer animación vocacional porque en ella, o en los caminos vocacionales que acompaño, yo encuentro constantemente al Señor que me sigue llamando, o porque



es un estímulo que da razón de mi esperanza o como motivo siempre nuevo para mi vocación. Si la formación es permanente, también lo es la vocación, de por sí, nueva cada día. Comprender esto así significa vivir juntamente estas dos realidades, la animación vocacional y la formación permanente. Que son hijas del mismo período de reflexión eclesial, y que están conectadas entre sí. Por esto, invertir en ambas, en la animación vocacional y en la formación permanente, es una opción inteligente y eficaz, “económica” y provechosa.

5. Crisis vocacional

Se trata de la expresión quizás más usada, especialmente en determinados contextos. ¿Cómo entenderla más allá de las acusaciones habituales y de los prejuicios basados prevalentemente en cifras y referidos sólo a algunas vocaciones particulares? Existe una expresión del cardenal Scola, Patriarca de Venecia que, respondiendo a una pregunta sobre la tentación, hoy difundida, de abandonar la tarea educativa, dijo: “La desconfianza proviene de un hecho bien ilustrado por una afirmación de Peguy: ‘Las crisis de la enseñanza no son crisis de enseñanza; denuncian, representan, crisis de vida y son crisis de vida ellas mismas’. Pretendo decir –continúa el cardenal- que no existe nunca, estrictamente hablando, una crisis de educación, una crisis educativa, sino precisamente una crisis de vida: donde no hay vida adecuada, no se puede comunicar nada, no se puede enseñar nada a los jóvenes”⁷. Y ¿dónde no hay vida adecuada? La respuesta, una vez más: donde no hay atención a personal, o donde no hay formación permanente. Cuanto aquí se dice de la enseñanza y de la educación podemos aplicarlo con propiedad a la animación y la pastoral vocacional. De algún modo es como si el Patriarca dijera: el verdadero problema vocacional y educativo es el de las relaciones educativas, el de los estilos de vida que llevamos y que logramos proponer cómo vivibles y atractivos, el de los recorridos existenciales que señalamos con nuestro testimonio invitando a otros y convenciéndolos de unirse a nosotros, el de los significados y del sentido de la vida que el joven recoge de nuestro testimonio individual y sobre todo comunitario, colectivo.

⁷ Entrevista de S. Peraldo al Cardenal Scola, publicada en *Il Biellese*, 16 de mayo de 2009.



En definitiva, si el desafío vocacional se dirige especialmente al individuo y a la fidelidad con que lleva adelante la propia formación permanente, la crisis educativa cuestiona el testimonio que hoy, particularmente, el grupo debe ser capaz de dar. El testimonio de uno es siempre bueno y válido, pero si está uno solo para darlo, resulta casi una excepción; mientras que es el testimonio coherente de un grupo de personas, de una fraternidad, de una comunidad, lo que resulta convincente, especialmente para un joven.

En el fondo, la crisis vocacional señala un deterioro en la calidad del testimonio eclesial, comunitario, de los creyentes, de las fraternidades presbiterales y religiosas. Esto es preocupante, pero acoger el reclamo y la necesidad de este testimonio es un modo de recordarnos que hoy es la santidad comunitaria la que convence al mundo y de la cual el mundo, y la Iglesia, tienen necesidad. Piensen cómo será de hermoso un mañana (no inmediato pues no contamos todavía con la sensibilidad ni vivimos la espiritualidad realmente comunitaria necesaria) dentro de pocos años (¿50?, ¿80?, ¿100?), en un bello y soleado domingo romano, cuando Benedicto XX, o Juan Pablo V, o Pablo X canonizará a una comunidad de sacerdotes o religiosos santos, y no sólo santos individuales, personas que se han santificado viviendo juntos, cada uno responsable del otro, compartiendo el límite y el deseo⁸. Será un gran y eficaz testimonio vocacional.

6. Riesgo vocacional

Siempre es un riesgo hacer animación vocacional, por esto es a menudo un riesgo que se evita. Existe el riesgo de involucrarse en una relación educativa, de auto-exponerse a los cuestionamientos del otro, de entrar de algún modo en su vida, en su mundo interior, de mostrar el propio mundo interior (a no ser que se entienda la animación vocacional en sentido mercantil), de mostrar la belleza de la propia vocación y por lo tanto la alegría personal de sentirse llamado y de vivir como llamado (ciertamente el “sheol” nunca ha atraído a nadie y si atrae a alguien ésta no sería una buena vocación). También se corre el riesgo de no ser escuchados, o el riesgo de una

⁸ Cf CENCINI, A. La Vida Fraternal: Comunión de Santos y Pecadores. Salamanca: Sígueme, 1999. 222 p. (Colección Nueva Alianza, No.148).



respuesta que puede no darse, de un ascenso que puede ser negado, de una libertad que decida otra cosa. Esto quiere decir que la tarea vocacional implica trazos dramáticos, porque su éxito no está nunca asegurado de antemano. No está, pues, fuera de lugar o de tono hablar de «aventura vocacional».

El asunto más delicado y difícil de aplicar en la práctica, si mal no entiendo, es el equilibrio, de parte del educador vocacional, entre la libertad del otro que se ha de respetar y la fuerza de la propuesta que se ha de hacer. A menudo se han dado, y se siguen dando, al respecto desajustes y evasivas. Existe el educador demasiado educado que parece tener miedo de hacer propuestas vocacionales, pero también existe el tipo que se vuelve intruso y no se da cuenta de que hace presiones indebidas. Al respecto me parece útil recordar ahora los tres posibles niveles de relación educativa y también vocacional, en razón del tipo de propuesta hecha por el educador-formador.

6.1. La orden

La orden representa el primer nivel, con ella se pretende la observancia. Con acentuaciones más o menos perentorias, ordenar contiene la idea de someter a la propia voluntad, forzar, imponer, obligar, coaccionar, prevalecer, presionar. Aunque con grados diversos, la orden es un imperativo categórico porque no sólo no puede pasar inobservada toda vez que manifiesta una obligación, por lo que, de por sí, no permite la desobediencia. Como en caso de violación prevé las sanciones, inculca temor. Si es cumplida no necesariamente sugiere, menos aún, suscita el amor del que la cumple solamente por fuerza o para ser apreciado como observante. El que sea formado por este tipo de pedagogía desarrollará normalmente una conciencia rigurosa, con un más o menos fuerte sentido de la ley y un escaso nivel de convicciones personales. El problema es que se sentirá urgido a actuar sólo cuando está en presencia de una orden, o a hacer algo sólo porque se lo pide el otro en autoridad. Era también el caso de aquellos padres espirituales del pasado que decían al seminarista inseguro y débil: “Ve adelante, te lo digo yo”.



6.2. La propuesta

La propuesta es el ofrecimiento de una posibilidad entre varias. Tiene el significado de exponer, señalar, indicar, mostrar, presentar una hipótesis, comparar... pero sin necesariamente tomar posición, siempre dejando al sujeto la total autonomía de juicio y de elección, aún más, cuidándose bien de influir demasiado o de orientar la elección. Cuanto mucho, el que hace propuestas deja ver su simpatía personal por la cosa propuesta, pero normalmente logra dar también algunas motivaciones, pero sin involucrarse particularmente, sin personalizar la propuesta misma y, a veces, sin decir toda la verdad de la propuesta hecha, o escondiendo algo, lo que parece meno atrayente⁹. Lo que ofrece es una oportunidad igual a las otras, mientras, en el fondo, está claro que la respuesta es opcional, queda al arbitrio del sujeto que puede incluso rechazarla, sin sanción alguna o con consecuencias mínimas o irrelevantes para la continuación de su vida. A lo sumo, un educador en este nivel hace invitaciones, más o menos motivadas ciertamente, pero no va más allá. Está demasiado preocupado de respetar la libertad del joven o lo que él interpreta como libertad del joven.

Quien recibe este tipo de formación también podrá encontrarse con una conciencia vocacional desorientada, desprovista de un punto fuerte y seguro de referencia y perdida ante la cantidad de las indicaciones propuestas, ubicadas todas en el mismo nivel, y sin haberse apropiado de ninguna. Se trata del cuadro trazado magistralmente por el documento vocacional europeo: "Cuando una cultura (o un estilo educativo) no define ya las supremas posibilidades de significado, o no logra crear convergencia alrededor de algunos valores como particularmente capaces de dar sentido a la vida, sino que pone todo en un mismo plano, cae toda posibilidad de elección proyectual y todo se vuelve indiferente y soso"¹⁰.

⁹ Hace algunos años, en preparación a un congreso vocacional en Italia sobre el tema de la virginidad y celibato, tuve que analizar lo que los Planes Vocacionales Diocesanos decían sobre este tema, y descubrí que ninguno de los 30 Planes consultados decía nada sobre un asunto tan importante. Si valor vocacional significa algo que tiene poder de atracción, el mensaje, implícito en estos 30 Planes vocacionales, es que la virginidad no es considerada un valor vocacional, como si fuera mejor no hablar de ella en el momento del acompañamiento vocacional. Quien sólo hace propuestas no tiene el coraje de la verdad.

¹⁰ NVNE 11 a.

Por tanto se debe prestar atención, hay una cierta manera inocua de hacer hoy propuestas vocacionales, sin fuerza provocante.

6.3. La llamada

La llamada, por el contrario, es una invitación que *interpela*. En la llamada, la orden se desvanece y la propuesta se intensifica hasta convertirse en llamada. Hacer una llamada significa hacerlo por el nombre, atraer la atención, invitar a acercarse, motivar el contacto, poner en cuestión el mundo interno de la persona. Contiene entonces una insinuación delicada gracias a la cual el interlocutor se siente provocado, cuestionado, atraído, tocado, fascinado. Al mismo tiempo la llamada y quien la hace no elude a nadie, no engaña y no esconde nada de la dificultad de la propuesta que hace, sino que muestra y demuestra las razones precisas que hacen su mensaje apetecible, incluso preferible a otros, pero únicamente por el beneficio del mismo que lo recibe: es éste el bien que se propone y que desea ardientemente quien hace una llamada. La suya es una invitación completamente libre y desinteresada, pero con la pasión típica de quien está convencido de la bondad, la belleza y la verdad del mensaje, y logra transmitirlo con pasión. Él habla de algo que viene de su corazón; por esto no puede dejar de hablar al corazón de quien lo escucha: “*cor ad cor loquitur*”, como decía Newman.

Por un lado, entonces, nada tiene que ver con la adulación, la sugestión o la seducción, y del otro, tampoco tiene nada en común con la lógica, muy influyente hoy, de la nivelación de valores que serían todos iguales, de las opciones que se equivalen entre sí con tal que sea el individuo el que hace su elección. El creyente reconoce en la modalidad de la llamada el estilo del Espíritu Santo que actúa en la libertad y para favorecer la libertad de la conciencia creyente. “Dónde está el Espíritu allí está la libertad”. Aquella libertad verdadera, aquella que fundamenta también una conciencia vocacional madura.

Hay quien dice que hoy hemos perdido la capacidad y el coraje de hacer llamadas, a lo mejor sólo hacemos propuestas



7. La alianza educativa

Ésta es quizás, ¿por qué no?, el verdadero secreto de la pastoral vocacional: recuperar la propia dignidad y el papel naturalmente central en conexión con los demás sectores de la pastoral, el juvenil y el de la familia, el de la liturgia, el de los ancianos y los enfermos. Provenimos de conceptos y hábitos pastorales que a menudo parecen asignar un papel subalterno a la pastoral vocacional, porque en realidad es el más joven entre los oficios y servicios pastorales, muchas veces no se sabe reconocer la centralidad natural de la misma pastoral de las vocaciones. Dice también el documento vocacional europeo que la pastoral vocacional es la perspectiva originaria y, al mismo tiempo, la base unitario-sintética de la pastoral general; aún más, llega a decir que esa es la vocación de la pastoral¹¹. La razón de este papel central de la pastoral vocacional, que se debe reencontrar y alrededor del cual se debe construir la pastoral en general, se plantea de inmediato: debido a que cualquier acción de Iglesia, catequesis, administración de sacramentos, homilías, celebraciones litúrgicas, para-liturgias, etc. si no pone y no lleva a la persona a asumir su papel propio en la Iglesia o a responder al proyecto de Dios sobre su vida, no merece el nombre de cristiana. Lo que no es vocacional y no hace nacer en el corazón una pregunta vocacional no es cristiano. De ahí que sólo funcionará una pastoral que haya redescubierto su unidad alrededor del tema de la vocación, ya que “la vocación es el corazón vibrante de la unidad pastoral”¹².

Entendamos que tenemos todo el interés de trabajar juntos, en una verdadera alianza vocacional. Sobre todo la pastoral familiar y la juvenil deben redescubrir su naturaleza radical y evidentemente vocacional. Se trata de sectores pastorales “condenados” a trabajar juntos, en una sinergia inteligente.

Esto implica que el trabajo vocacional “radical” y primario es con las familias. Si queremos vocaciones (de especial consagración, como se dice), debemos dedicarnos a las *familias*, lo que quiere decir formar para la vocación matrimonial, educar jóvenes, novios y

¹¹ NVNE 26 b; g.

¹² NVNE 26 g.



luego padres de familia para dar este sentido a la vida humana, para transmitir a sus hijos aquella que hemos llamado “lógica vocacional” de la vida, para crear la cultura vocacional, para ser ellos el primer ejemplo en este sentido, de generosidad, gratuidad, apertura a los otros y a los necesitados en particular, de sentido de responsabilidad y solidaridad, de sobriedad y simplicidad de vida, de coraje para enfrentar las dificultades, y de renuncia.. Después de todo, hablando en serio, ¿cuál es la vocación que hoy realmente está en crisis? ¿No es precisamente *la vocación al matrimonio*? En cualquier caso, en la Iglesia de Dios, o crecemos todos juntos o no crece ninguno, o crecen todas las vocaciones o todas las vocaciones están en crisis.

Decíamos antes que también la pastoral de los enfermos tiene una conexión natural con la pastoral vocacional, y no sólo porque el enfermo es invitado inmediatamente a ofrecer su enfermedad para las vocaciones de la Iglesia, sino porque la enfermedad, y también la suya, es en sí una vocación, y el enfermo tiene el derecho de recibir ayuda para descubrir y vivir su enfermedad como llamada de Dios, como la llamada de hoy.

8. La pedagogía vocacional

Estamos aquí ante la expresión que encierra, junto con la que veremos inmediatamente después (la pastoral vocacional) el sentido del tercer elemento constitutivo de la cultura vocacional. Un sentido que, de todas maneras, hemos anticipado y preparado con las siete expresiones de trasfondo vocacional que hemos comentado hasta ahora. Aquí, de todo lo que podemos decir sobre un argumento tan rico y complejo, indicaremos sólo aquello que es el principio fundamental de la pedagogía vocacional, el punto de partida alrededor del cual todo educador-formador vocacional es llamado a construir su invitación-propuesta-llamada. A esto nos hemos referido cuando hemos hablado de la sensibilidad-espiritualidad vocacional, y se trata de esto: *la vida es un bien recibido que tiende por propia naturaleza a convertirse en un bien donado*. Es un principio muy simple, de fácil comprensión (tal como debe ser todo principio pedagógico), especialmente cierto para todo el mundo y que, por tanto, permite plantear de inmediato una propuesta vocacional, no sólo a unos pocos privilegiados sino a todos indistintamente. Este principio, si se



entiende bien, es de una enorme pro-vocación en el ánimo del joven. Le hace sentir que dar su vida, él mismo, sus energías, no es cosa extraordinaria y eventual, sino el modo más normal y consecuencial de pensar su futuro, ya que la vida nos ha sido donada, y si nos fue donada, ella conserva intacta su naturaleza de regalo y pide entonces ser donada. Piensen cómo cambiaría la pastoral en general y la vocacional en particular si fuéramos realmente capaces de transmitir las verdades incuestionables de este principio, haciendo al mismo tiempo ver cómo el cristianismo, y en particular Jesús con su pascua de muerte y resurrección, son la perfecta realización de este principio.

Sería el inicio de la que podríamos llamar *revolución vocacional*. Tal vez podemos añadir que se vuelve importante, siempre en el plano pedagógico, que el animador vocacional sepa interpretar correctamente su identidad y su función: la del sembrador, del acompañante, del educador vocacional y la de formador vocacional, sin hacer confusión.

Alrededor de este principio fundamental se trata de construir la propuesta o la llamada vocacional, con los siguientes dinamismos típicamente vocacionales.

8.1 Sembrar

Sembrar es el primer y fundamental verbo vocacional, particularmente expresivo de lo que tenemos que hacer hoy: ¡sembrar, sembrar, sembrar! Sembramos la buena semilla de la vocación, no paramos de hacerlo. Porque hoy es el tiempo de sembrar, no necesariamente de cosechar.

- **¿Dónde?**

En cualquier lugar, de cualquier modo, en cada situación, en cualquier corazón, en cualquier tiempo, y todo con el amplio gesto del sembrador del evangelio (Cfr. Mt 13), o sea, no sólo con los buenos, los que nos parecen mejor dispuestos, que ya tienen una buena orientación de vida, con los monaguillos, o alrededor del templo; sino también en sitios nuevos, donde no parece conveniente sembrar según la lógica humana y su pagana prudencia.

- **¿Cuándo?**

Siempre, en cada fase de la vida, porque Dios sigue llamándonos hasta el último día de la vida. Sembrar aun cuando esta semilla parezca la más pequeña, aun si no suscita en el joven un inmediato consenso, aun si parece contradicha, desmentida y ahogada por otros proyectos, o sea vista y considerada con sospecha y miedo. El animador vocacional siembra siempre, porque sabe que en aquel momento pone en el corazón del joven algo que viene de Dios, y que tiene una fuerza misteriosa.

- **¿Qué?**

El sembrador vocacional debería sembrar siempre el *kerigma vocacional*, aquella síntesis esencial del mensaje cristiano en la cual está concentrado el sentido vocacional de la vida, de la vida de todos:

- Dios te ama y por esto te llama.
- En esta llamada está escondida tu verdad (y también tu felicidad).
- Es una llamada a ser semejante al Hijo que, por amor, ha dado su vida por todos.
- También por ti, te ha salvado, lo que significa que te ha hecho capaz –por amor- de hacer como él, de entregar tu vida por amor
- Esta es tu vocación, algo que solo tú podrás realizar.

8.2. Acompañar

El animador vocacional acompaña para indicar la presencia de Otra Persona, no para atraer a sí mismo. Acompaña para hacer oír y reconocer la voz de este Otro que llama y para pro-vocar la respuesta a su llamada. Por tanto este ministerio es muy humilde, tiene aquella humildad serena e inteligente que brota de la libertad en el Espíritu.

Acompañar no sólo significa esperar –más o menos pasivamente- al joven, permaneciendo en el templo, sino estar presente donde él vive su vida, donde él busca el sentido de la vida, donde el encuentra frustración, donde la vida parece rechazarlo. En estos momentos la presencia de un hermano mayor es particularmente apreciada y podría ser el inicio de un itinerario vocacional.



El acompañante no puede olvidar que se hace animación vocacional sólo por *contagio*, sólo con una catequesis vocacional *sapiencial* y *“experiencial”*, fruto de una experiencia siempre nueva y fresca, fruto de un deseo incontenible de compartir el don.

Tampoco puede olvidar que este itinerario está ya trazado: es el camino de la pascua de Jesús, *¡via crucis et resurrectionis!* No existe otro itinerario vocacional porque no hay otro itinerario cristiano.

8.3. Educar

El educador vocacional es sobre todo el que ayuda a sacar fuera la verdad del joven, de su yo (= *e-ducere veritatem*), de su historia, particularmente aquella que recuenta la propia vida como un bien, un bien inmerecido y sin medida, totalmente gratuito. Por supuesto que el educador es también el que provoca y ayuda a descubrir también la parte negativa del yo, que serían principalmente, desde el punto de vista vocacional, todas aquellas resistencias y miedos, estrabismos y miopías de percepción que impiden al joven captar esta realidad positiva, de reconocer el amor recibido, de gozar y disfrutar toda su excelencia. Que, al contrario, lo encierran en sí mismo, en la perpetua contemplación de su yo, puesto al centro de la vida, siempre a la búsqueda de signos de atención, de afecto, de valoración de su persona. ¿Cuándo hace una persona esto? Cuando no tiene libertad afectiva, o –más en particular- cuando no tiene las dos certezas fundamentales de la vida: la certeza de que yo he sido amado, y la certeza correspondiente de que soy capaz de amar. La vocación nace aquí, desde un punto de vista psicológico, cuando uno descubre el amor recibido. Hasta cuando no se desate esta sensación y tal sensación no se vuelva certeza, no se está todavía en un camino vocacional. De ahí que esta fase educativa merezca su tiempo, en el que no tendría mucho sentido hacer propuestas vocacionales concretas, porque serían débiles o se correría el riesgo de quemarlas o de exponerlas a una interpretación ambigua por parte del joven¹³. Éste no es todavía su momento.

¹³ Cf CENCINI, A. Me fio... luego decido. Educar en la confianza, para la elección vocacional, Madrid: 2010, p.75.



Por esto cuidado con el tipo que no está en paz con su vida pasada, o que piensa que la vida no ha sido buena con él o que no ha recibido amor, pero que piensa en poder ofrecer su vida al Señor, con una actitud heroica, ésta no es vocación auténtica, porque no nace de la gratitud, de la gratitud por el amor recibido. Por tanto es una vocación débil.

Cuando, por el contrario, estalla la chispa de la percepción del don y de la gratitud, entonces, en este punto el animador vocacional se convierte en formador.

8.4. Formar

Otra fase pedagógica: el animador vocacional puede y debe tener el coraje de llegar gradualmente a hacer una propuesta y, luego, una llamada, en el sentido que le hemos dado antes. Es decir, provoca al joven a ser coherente, pasando de la gratitud a la gratuidad, del bien recibido al bien donado, de la fase de la adolescencia a la juvenil-adulta, de la pasividad a la actividad, de ser hijo a ser padre, de ser salvado a sentirse responsable de la salvación de los demás. Cualquiera que sea la elección vocacional que haga.

Es la “forma” de Jesús, del crucificado que da la vida; es la *teopatía vocacional*, punto de llegada de cualquier itinerario vocacional, lo que lo verifica y lo que le imprime un claro punto de referencia. Mejor dicho, es lo que da verdad a la vida humana, la verdad de la cruz, porque la cruz es la verdad de la vida, su gramática y su dramática¹⁴.

Es, al mismo tiempo, lo que da felicidad y alegría al ser humano. El formador no debería tener duda o temor de recordar al joven que será feliz sólo si se da al máximo.

8.5. Discernir

No pretendo enfrentar un tema tan amplio en este contexto¹⁵. Solamente quisiera subrayar un elemento importante para un buen

¹⁴ Cf. CENCINI, A. *La cruz, verdad de la vida. Búsqueda vocacional y experiencia de la cruz*, Lima: 2003.

¹⁵ Cf. NVNE 37.



discernimiento vocacional en relación con cuanto hemos dicho hasta ahora.

El punto sería este, la vocación auténtica, desde el punto de vista que hemos privilegiado en esta reflexión, es humilde, simple, agradecida, realista, llena de confianza, típica de quien puede decir: “Señor, tú has llenado mi vida de amor, me has amado tanto no solamente en esta vida, sino incluso antes, hasta el punto de preferirme a la no existencia. Yo soy tu pre-dilecto. Tu amor ha sido tan grande que me has amado también a través de personas limitadas. Ante esto, no tengo otra alternativa, no puedo hacer otra cosa: te dono mi vida, mi ser, mi corazón. Es el mínimo que puedo hacer. Con la certeza de que en cada caso mi don será siempre una cosa muy pequeña y pobre frente al don de tu amor.

Cuidado, por tanto, con los héroes, muchas veces los héroes de hoy son las víctimas de mañana.

9. La pastoral vocacional

La pastoral vocacional es la traducción de la pedagogía vocacional en términos de animación y conducción de la comunidad de los creyentes. También aquí el planteamiento nos podría llevar lejos, por lo que me contento con indicar el principio inspirador de una inteligente pastoral vocacional, que es el siguiente: *el camino vocacional, que nace con el descubrimiento de la vocación personal y lleva a la decisión de seguirla, se identifica con el camino y con los caminos de la fe*. En otras palabras, “la pastoral vocacional tiene las etapas fundamentales de un itinerario de fe”¹⁶. Esto no podría ser de otra manera, porque la opción vocacional, como hemos dicho aquí y allá, es ni más ni menos la expresión madura de la fe, representa su cumplimiento natural y consecuencial, su imprescindible resultado. No hay fe verdadera, no hay maduración de la fe, no hay forma adulta de creer, allí donde la fe no genera una decisión vocacional, ni allí donde tal decisión no crece ni se desarrolla con el tiempo.

Esto tiene, y debería tener, una notable repercusión en el modo de concebir y de programar la pastoral en general porque aquella de-

¹⁶ NVNE 28.



bería ser mucho más vocacional de lo que ha sido hasta el momento presente, en todas sus expresiones. Como ya hemos dicho, hoy hay que “*vocacionalizar*” la pastoral, obrar de modo que toda expresión pastoral sea un llamado vocacional. Por otro lado, la promoción vocacional no debe necesariamente parquearse en espacios autónomos y sueltos del resto de la pastoral, sino que “*aprende*” a moverse siempre entre los espacios normales de la pastoral cotidiana.

Especialmente en determinados espacios clásicos, previstos y ofrecidos a la comunidad, que son como los itinerarios de pastoral vocacional en los que todo creyente está involucrado, como la liturgia (y la oración, personal y comunitaria), la “*koinonía*” (experiencia de compartir y de fraternidad), la “*diakonía*” (servicio a los necesitados), la “*martiría*” (testimonio valiente del evangelio)¹⁷. Es claro que estos cuatro itinerarios, en cuanto itinerarios creyentes, siempre deberían ser interpretados vocacionalmente. La mediación *eclesial*, sería la primera mediación.

Si en una comunidad creyente están efectivamente presentes estas cuatro realidades, allí se hace pastoral vocacional, o al menos se dan las condiciones para llevarla a cabo y permitir a todos encontrar su propio camino. Es la mediación *pedagógica*. Como un itinerario objetivo y subjetivo que permite el descubrimiento de la vocación particular de cada creyente.

Detrás de esta mediación hay otra, preciosa: lo que es objetivo, en el sentido de lo que es válido para todos, de hecho protege y asegura al sujeto; en otras palabras, donde se respetan las leyes objetivas del crecimiento (leyes adecuadas para todo el mundo), allí cada uno encontrará su modo propio de crecer. Esto sería la mediación *psicológica*. Como dice el documento vocacional europeo: “la objetividad precede a la subjetividad, y el joven debe aprender a darle precedencia si realmente quiere encontrarse a sí mismo y aquello a lo que es llamado a ser. Es decir, que debe primero realizar lo que se pide a todos si pretende ser él mismo”¹⁸, de la misma manera, debe realizar primero lo que Dios pide a todo el mundo si quiere descubrir lo que Dios le pide particularmente a él.

¹⁷ NVNE 27-28.

¹⁸ NVNE 28.



10. La cultura vocacional

Hemos llegado al final de nuestro recorrido, que comencé con la propuesta de la idea de la cultura vocacional. Creo que ahora tenemos una idea más clara, después de haber visto los tres componentes de la cultura en general (mentalidad, sensibilidad y práctica) y los correspondientes de la cultura de la vocación en particular (teología vocacional, espiritualidad vocacional y pedagogía vocacional).

Ahora estamos, por lo tanto, en mayor posibilidad de valorar si hoy en la Iglesia se da una cultura vocacional. Se trata de un análisis importante e indispensable. Porque sólo si hay una cultura vocacional se puede decir que se está creando ya una mentalidad, basada sobre una teología vocacional, sobre un modo unitario y coherente de ver, de parte de todos y en lo referente a todos, porque Dios llama a todos, todos son llamados y la iglesia es madre de todos y es madre de las vocaciones; todos tienen el derecho de ser ayudados a descubrir su vocación. La vocación no está nunca en función del individuo en particular sino para la salvación del mundo, para que cada uno se haga responsable de la salvación del otro. Ésta abarca toda la vida, cada instante, hasta la muerte. Justamente lo que siempre implica a todos es el deber de ayudar a los otros en este discernimiento.

Pero no sólo esto, debemos preguntarnos además si esta mentalidad teológica vocacional ha creado una sensibilidad espiritual vocacional, sea desde el punto de vista de la búsqueda individual de la propia vocación, sea desde el punto de vista de la ayuda que debe dar el uno al otro en su búsqueda. Pero el dato más importante de la sensibilidad espiritual vocacional es la evidencia con que cada uno debería sentir la llamada a darse como algo natural, lógico, perfectamente humano y cristiano. ¿Estamos construyendo este tipo de sensibilidad en nuestras comunidades cristianas?

Finalmente, interroguémonos también sobre la coherencia con la que tratamos de traducir en recorridos accesibles a todos, de pedagogía pastoral vocacional, las mentalidades y la sensibilidad de las que hemos hablado. Si no existe una práctica habitual correspondiente, todo lo que se adquiere mentalmente o lo que se convierte en convicción personal está en peligro de perderse, de convertirse



en algo banal y estéril. Conviene que nos preguntemos si realmente nuestra pastoral ordinaria es de verdad vocacional, si las homilías, las celebraciones litúrgicas, las misas, los sacramentos, la catequesis, las celebraciones de la palabra hacen surgir en el corazón aquella pregunta estratégica que aquellos que oyeron a Pedro el día de Pentecostés sintieron nacer en el corazón, aún más, sintieron que se les traspasaba el corazón por las palabras de Pedro hasta el punto de preguntarse: “¿Y nosotros qué tenemos que hacer?”. He aquí lo que hace auténtica nuestra pastoral: encender la chispa vocacional, ayudar a todo creyente a escuchar la voz del Señor que siempre llama, que lo llama todos los días de su vida.

11. Hacia una revolución (vocacional)

El término revolución es inapropiado pero deliberadamente provocador. Pienso que, si lo hacemos así, poco a poco iremos creando una cultura vocacional. Es decir, habremos preparado el terreno para que sea tierra buena, abonada, para la semilla de la vocación, para la semilla vocacional de todo creyente, de todo llamado. Ésta es la condición necesaria para lograr hoy una auténtica animación vocacional: crear cultura vocacional, como mentalidad-sensibilidad-modalidad de anuncio y de prácticas pastorales homogéneas y coordinadas, compartidas por todos, cada vez más eficaces y persuasivas.

Será como una revolución en la Iglesia: una revolución pacífica, fraternal, eclesial, que llevará a todos y a cada uno a vivir según el misterio de su propia llamada, oculta con Cristo en Dios y manifestada a través de la mediación de la Iglesia, cultivada en aquel terreno bueno que es la comunidad cristiana, donde todos serán indistintamente los llamados y los que llaman, dependiendo del puesto que cada uno ocupará en la misma comunidad.

Ahora bien, si se da esta cultura y esta revolución, de hecho, se podrán hacer las pro-vocaciones más radicales y audaces, que requieren un alto nivel de vida cristiana y de generosidad, y podremos estar seguros de que incluso aumentarán en cantidad y calidad las vocaciones que todos anhelamos, por las que existe en la Iglesia de hoy una gran preocupación: las vocaciones para el sacerdocio y para la vida consagrada, para la edificación de la Iglesia.